



REY  
DESNUDO  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Podur, Justin: *Haiti's New Dictatorship. The Coup, the Earthquake and the UN Occupation*, Londres, Pluto Press, 2012.**

**Lucas Benielli**

*Universidad de Buenos Aires*

*lucasbenielli@gmail.com*

*Fecha de recepción: 22/04/2014*

*Fecha de aprobación: 26/04/2014*

**H**ay dos imágenes que ilustran las menciones recurrentes sobre Haití. Imagen uno: esclavos negros que se iluminan, liberan y degüellan a señores esclavistas blancos, en versión independentista de un film de Tarantino. Imagen dos: un país sin soberanía, la historia de una isla sometida al tándem carnívoro de invasiones y terremotos, desastres naturales y ocupaciones de aparente intención humanitaria. Lo curioso —lo perverso— puede rastrearse en algunas opiniones que teologizan la primera imagen para justificar la segunda, como la del obispo y ex candidato a presidente norteamericano Pat Robinson, que señaló que el terremoto ocurrido en Haití en el 2010 fue la consecuencia de un “pacto con el diablo” allá en los inicios del siglo XIX para librarse los esclavos de los franceses. Palabras que la Casa Blanca calificó de “estúpidas”, aunque no menos desafortunada fue la sentencia de Hillary Clinton al respecto, cuando dijo que “la tragedia que continúa asolando al pueblo haitiano es bíblica”. En ambos casos, la historia concreta de ese país se desvanece en una suerte de pecado originario, un devenir

que excluye la acción constante de un “otro” en sus tierras, responsable en buena parte de, por así decirlo y parodiando a Borges, la fatalidad de su destino centroamericano.

El libro de Justin Podur, *Haiti's New Dictatorship*, camina afortunadamente en un sentido inverso. El autor —un profesor canadiense de Estudios Ambientales en la Universidad de York— se propone reconstruir un período acotado de la historia reciente de Haití: el golpe que destituyó al tercer gobierno de Jean-Bertrand Aristide a comienzos del 2004 hasta la asunción, terremoto mediante, de Michel Martelly en 2011. La estrategia de Podur a lo largo de su trabajo consiste en exponer, de manera detallada y reflexiva, los pormenores en torno a los conflictos políticos, sociales y económicos de la isla en estos años, condicionada por la precariedad de sus estructuras —estatales y materiales— y por la presencia a cara lavada de una nueva ocupación extranjera: el control directo y casi absoluto de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). El texto problematiza de forma incisiva una pregunta en apariencia banal: ¿qué significa “ayudar” a Haití? A contramano de las loas al espíritu de solidaridad internacional que evoca esta iniciativa, lo que busca el autor es comprender dicho rol en un marco de análisis que parte de los problemas históricos y específicos de Haití, para desde ese lugar demostrar de qué forma dicha injerencia, que Podur entiende como un nuevo tipo de dictadura, no resuelve ni contribuye a saldar la herencia de ese país invisible —en palabras de Galeano—, el más pobre del continente más desigual y que sirve todavía a los intereses, agazapados y encubiertos, de sus vecinos americanos.

El libro se compone de diez capítulos relativamente breves, que siguen de manera lineal los hechos de la última década en Haití. Una obligada excepción es sin embargo el capítulo primero, donde el autor ofrece un balance de lo ocurrido a lo largo de los siglos XIX y XX, con énfasis en la ocupación estadounidense entre 1915 y 1934, así como en el largo período dictatorial de los Duvaliers y el surgimiento hacia finales de los ochenta del movimiento popular conocido como *Lavalas*, el primer fenómeno que puso en la escena política al pueblo haitiano y que condujo a la presidencia a su líder, Jean-Bertrand Aristide. Esta etapa, la clausura de un siglo turbulento en el relato de Podur, sirve de antesala a los problemas puntuales que trabaja su texto, al detallar el breve devenir de Aristide en el gobierno —lo que significaría un avance de las luchas populares en sus demandas de cambio—, su derrocamiento casi instantáneo con la colaboración manifiesta de Estados Unidos y su controvertido retorno y giro en sus políticas concretas. Más allá de las posturas cam-

biantes que adopta Arístide en sus funciones de gobierno —sobre las que el autor, aunque brevemente, reflexiona—, hay una serie de elementos constitutivos que enhebran los planteos de Podur: la historia de Haití mirada desde el punto de vista de su soberanía, dice el autor, revela el poco margen que este país tuvo — y que sigue teniendo— respecto de sus propias decisiones políticas y económicas. En este sentido, la independencia que supo conseguir antaño se ubica en las antípodas de los hechos relatados, que interrumpieron una posibilidad de afirmarse sobre sus propias decisiones y de dotar de sentido verdadero a ese vocablo tan maleable que es la democracia.

Otros de los elementos que estructuran el análisis del libro son la presencia de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) en Haití y las narrativas de los hechos que realizan los medios de comunicación dominantes —tanto locales como extranjeros—, a los que Podur dedica para su reflexión el capítulo segundo. Las ONG, sentencia el autor, tensionan los contornos sobre los cuales puede actuar el Estado haitiano: en un país llamado la “República de las ONG”, por su presencia desmedida en comparación con otros lugares, al menos de Occidente, ya que el 80% de los servicios públicos recae en sus manos, y al carecer de una obligación legal de responder a las demandas del pueblo —en contraposición a las funciones estatales—, las ONG son capaces de administrar a voluntad los pormenores de la mayoría de la población. A su vez, el autor señala que al poder de acción sustraído al Estado se adhiere la imposibilidad de un progreso económico autónomo, puesto que la estructura de solidaridad establecida resta margen para el desarrollo de producción local de alimentos y otros servicios básicos. En este sentido, Podur observa cómo la expansión de las ONG sobre el territorio haitiano sirve particularmente a los intereses de los proveedores de dichos insumos, que recae en grandes empresas privadas y por supuesto extranjeras —en alianza con los pequeños sectores dominantes de la isla—. Tal es así que, desde la perspectiva del autor, la ayuda internacional en torno al terremoto del año 2010 no surgió por las consecuencias inmediatas de ese hecho, sino que respondió a un nuevo tipo de dictadura bajo la fachada de las ONG, que se inició paulatinamente en 2004 con la deposición de Arístide y que se terminó de consolidar durante la catástrofe natural, período que ocupa el análisis del libro.

Por otro lado, las narrativas acerca de los hechos en Haití que realizaron los medios de comunicación dominantes fueron para el autor un soporte permanente a dicha ocupación: en la medida que el desempeño de Arístide es presentado en diarios y canales de televisión como el —tex-

tual— justificativo de su propio derrocamiento, al tiempo que se construye la siempre caótica imagen de un país que no puede gobernarse solo, dichos medios brindan ayuda a los intereses políticos de las facciones más conservadoras y opuestas al movimiento popular de *Lavalas*, así como a los mismos intereses económicos que diseñaron la estrategia de ocupación. En este sentido, fue la combinación de narrativas mediáticas, organizaciones humanitarias, una fragilidad estructural del Estado y la oportunidad de contar con una suerte de laboratorio para diversos ensayos —principalmente, el entrenamiento de tropas militares de las principales potencias— lo que condujo al actual panorama crítico en la isla.

Los capítulos del libro que van del 3 al 7 ejemplifican y abordan de manera minuciosa los problemas mencionados, al centrarse en el contexto de derrocamiento de Arístide en 2004 y los dos años posteriores al hecho. En esta parte el autor implementa un tono de escritura más periodístico, narrando de manera lineal y a través de una numerosa evidencia los avatares que llevaron a instaurar la nueva dictadura mencionada. Podur se refiere en el capítulo 3 a la acción paramilitar en oposición al gobierno de Arístide, que ante el fracaso de los sectores más conservadores en las elecciones presidenciales se tornó la vía más “eficiente” para una vuelta al desigual *statu quo*, así como a la gran campaña desinformativa que apuntó a legitimar dicha insurrección armada, calificando al presidente como el peor en toda la historia del país —inclusive que *Papa* y *Baby Doc*, los dictadores Duvalier—. En este sentido, es notable observar también la cobertura relativa al secuestro de Arístide en complicidad y apoyo de las fuerzas armadas norteamericanas: desde Associated Press, pasando por varios medios locales y extranjeros, se difundió la noticia de que el mismo presidente había renunciado “para evitar y prevenir un baño de sangre”<sup>1</sup>. En una comparación caribeña no tan forzada, podría pensarse que este caso fue un avance exitoso respecto del golpe a Chávez en 2002.

Sin embargo, como detalla Podur en los dos capítulos siguientes, el baño de sangre no se evitó. El arribo de misiones de ayuda y estabilización del orden por parte de la ONU y varios países —que coordinaron a su vez el golpe— implicó un panorama plagado de enfrentamientos con las fuerzas de apoyo a Arístide, el movimiento mencionado *Lavalas*, que integraba una buena parte de los sectores populares haitianos. Al tiempo que se formaba un gobierno interino controlado por la

---

1 Basta consultar el diario Clarín de ese momento: <http://edant.clarin.com/diario/2004/02/29/um/m-716618.htm>

oposición y se desplegaban las fuerzas militares en todos los ámbitos institucionales, el autor señala que la estrategia a seguir fue el ataque, represión y silenciamiento generalizado hacia los integrantes de *Lavalas*, deteniendo, encarcelando e incluso asesinando a sus dirigentes de mayor renombre o bien negándoles el recurso de acceder a la Justicia. Con respecto a la injerencia externa, Podur menciona también un elemento que será de vital importancia para asegurar el proyecto de control a partir de ese año, la creación de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (MINUSTAH) a mediados de 2004. De esta manera, la ocupación militar-humanitaria —si esa conjunción es posible— en el territorio caribeño sirvió para tender alianzas entre varios países que integran dicha organización, protagonista desde entonces del intento de controlar, en el sentido de dirigir, los conflictos y adversidades en la población.

En torno al tratamiento que Podur dedica al rol de MINUSTAH en Haití puede observarse, sin embargo, una cierta insuficiencia. El autor, de origen canadiense, analiza casi en totalidad la implicación de Estados Unidos y Canadá en dicha organización, denunciando sus acciones y responsabilidades de manera constante y ponderando su influencia, pero restando margen de análisis al rol de otros países también comprometidos con la Misión y no menos importantes. Tal es el caso de Brasil, cuyas fuerzas militares participaron de manera activa desde los primeros momentos, siendo el contingente principal y liderando las operaciones en la mayoría de ese lapso: aunque el autor naturalmente lo menciona, no profundiza en comparación con los otros países mencionados. Aún más: produce escozor la equiparación de gobiernos como el de Nestor Kirchner, Lula y Ricardo Lagos, todos ellos “izquierdistas” según el autor y que sin embargo apoyaron, al menos inicialmente, la iniciativa de la ONU. Pareciera que, en sus esfuerzos por señalar con el dedo hacia su país de residencia y su vecino más famoso, Podur se olvida en ocasiones de mirar —en sentido cartográfico— hacia abajo<sup>2</sup>. Más allá de mencionar el apoyo de países vecinos como Venezuela a la organización popular *Lavalas* y a Arístide, el autor sugiere la idea de que Sudamérica en conjunto padeció una marcada “confusión” respecto de los hechos que condujeron a la ocupación de Haití, obedeciendo casi de manera uniforme a la narrativa hegemónica de los medios de

---

2 Lo dicho no es menor. Son todavía escasos los trabajos que analizan los objetivos precisos de Brasil en Haití, aunque repetidas denuncias apuntan a motivos internos y externos, como el entrenamiento de la Policía Militar brasilera en Haití para aplicar posteriormente sus métodos represivos en las *favelas*, así como el interés de Brasil de ocupar un asiento permanente en la ONU.

comunicación masivos —lo que en esta parte del globo se torna un poco más complejo—. En definitiva, el recurso único a la información en inglés limita en parte el desarrollo y argumentación del autor, si se reconoce que Haití también forma parte de ese vasto y dispar territorio que se denomina Latinoamérica.

Los capítulos 6 y 7 abordan los conflictos ocurridos durante el año 2005, así como los avatares en torno a la elección de René Preval como presidente en 2006. A tono con el desarrollo precedente, el autor opera desmontando y exponiendo los mecanismos internos que fueron consolidando la ocupación armada en la isla. Realiza además una narración detallada de las represiones contra los reclamos nativos por parte de MINUSTAH, a la que el autor denuncia por su vinculación con la policía local y con las bandas paramilitares y sus acciones en pos de una “limpieza” política y social. Por otra parte, Podur relata cómo el proceso electoral fue maniobrado para garantizar la transición en beneficio de los instigadores del golpe, otorgando así una sólida continuidad del mismo. Lo que expresa la dinámica electoral del 2006 —primero postergadas, luego impugnadas y finalmente manipulados sus resultados— es para el autor una prueba fehaciente de la limitación de autonomía del Estado haitiano: lo que adquiere Preval es una cierta legitimidad en sus funciones de gobierno, pero no un poder real ni mucho menos la soberanía demandada por gran parte de la población, perfilándose progresivamente de un modo más estructural la herencia de los años previos. Lo interesante de este análisis, además de asomarse a los patios interiores de una historia poco conocida, es la posibilidad de reflexionar acerca de preguntas y problemas que en otro contexto —en otra región— se suelen dar por sabidas: ¿cuál es el grado de democracia posible en un país atestado de solidaridad humanitaria, pero extranjera? ¿Cuáles son las posibilidades de un país para emanciparse del círculo vicioso de los organismos de ayuda, si estos se presentan como un remedio al principio y como un síntoma después? Es alrededor de estos interrogantes donde el texto de Podur alcanza sus mayores puntos de interés, así como su mayor rigurosidad metodológica, en contraposición a otras aristas como el rol protagonizado por Arístide a lo largo del relato, o bien la razón definitiva —más allá de los móviles económicos— detrás del gran interés por ocupar y permanecer en la pequeña isla caribeña, elementos que el autor no llega a resolver de manera satisfactoria, sino que se limita a exponer y denunciar.

Otra de las falencias, que se advierte al considerar de manera global al texto, es el desbalance entre el análisis de los años 2004-2006 y el período que se extiende hasta 2011. Esta segunda y última parte, aunque en la enumeración de los capítulos no se distingue del resto, funciona a manera de un relato que avanza sobre los eventos de Haití sin agregar ni plantear nuevas ideas, excepción del capítulo dedicado al terremoto que asoló la isla en 2010 y que para el autor terminó de consolidar, con la nueva y masiva ayuda internacional, la maquinaria del golpe a cargo de las ONG (sin embargo este capítulo, que refiere a un evento promocionado en el subtítulo del libro, consta de apenas ocho páginas, frente a las quince o veinte que abordan los años previos). En todo caso, las intenciones del autor se mantienen: denuncia entre otras cosas la poca o nula capacidad por parte de Preval para conducir al país, así como sus vínculos con MINUSTAH; la crisis económica que implicó estrechar todavía más los lazos con las potencias caritativas; las consecuencias del terremoto y las fallas por parte de los organismos de ayuda en los intentos de reconstrucción de las ciudades —inclusive la introducción del cólera en el país por parte de MINUSTAH—, así como la oportunidad de emprender vastos negociados a costa del desastre. Finalmente el autor se refiere a las elecciones de 2011 en que Martelly obtuvo la presidencia, signadas por los mismos avatares del 2006 y en un marco de consolidación de lo que denomina la nueva dictadura, no perpetrada desde el interior de las estructuras del país sino a través —y principalmente— del control internacional. Una dictadura, como se advierte al leer la conclusión del trabajo de Podur, impuesta y mantenida desde afuera, el experimento en miniatura de un nuevo tipo de imperialismo.

En síntesis, *Haití's New Dictatorship* ofrece un breve pero contundente aporte para adentrarse en los senderos poco transitados de la historia reciente haitiana. Más emparentado con una crónica periodística que con un estudio de corte académico, y a pesar de algunas falencias —debería aclararse el análisis acotado al rol de Estados Unidos y Canadá, así como el tratamiento más centrado en los primeros años luego del golpe—, los temas que aborda el autor contribuyen sin duda a repensar las problemáticas actuales y urgentes de todo el continente. Para el caso de Haití, la imagen de un país caótico sometido a los desastres naturales y las intervenciones humanitarias consigue en este texto, al menos, recuperar su propia densidad histórica.